

Volver a la "tierra" en pos de nuevo refugio. Colonos rusos en Baja California, 1906-1958.

Rogelio Everth Ruiz Ríos.

Cita:

Rogelio Everth Ruiz Ríos (2007). *Volver a la "tierra" en pos de nuevo refugio. Colonos rusos en Baja California, 1906-1958. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/981>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edCQ/Ys3>

Propuesta ponencia para ALAS XXVI 2007

Título: Volver a la "tierra" en pos de nuevo refugio. Colonos rusos en Baja California, 1906-1958

Resúmen: La ponencia versa sobre la experiencia de varias familias campesinas rusas adherentes a una secta religiosa denominada molokana, quienes se establecieron en Baja California a partir de 1906 al amparo de las leyes de colonización vigentes en el país y subsistieron como tales hasta 1958 cuando sus tierras fueron tomadas por grupos agraristas. En lo particular se aborda el proceso resultante de los intentos por poner en práctica las prescripciones normativas de cuño religioso con las que guiaban su vida espiritual y material, así como las tensiones surgidas en la práctica al estar situados en contextos sociales y culturales cambiantes como fue la transición política y social resultante del triunfo de la revolución mexicana y la consolidación del desarrollo económico capitalista en la entidad.

Bajo esta perspectiva se revisan los ideales normativos sobre los que se apoyaba su vida al interior de la comunidad y que guiaban sus rituales religiosos, la vida doméstica, las actividades económicas, las expectativas del comportamiento de sus miembros con base en el género y edad, las actitudes asumidas frente al matrimonio, la vida, la muerte y otros factores existenciales sujetos a la regulación social. El siguiente paso es el análisis de las tensiones surgidas al intentar reproducirse estas normas morales y sociales, los conflictos y consensos entre lo ideal y lo real.

Grupo de trabajo: Imaginarios sociales y construcción histórica y cultural.

Volver a “la tierra”: en pos de nuevo refugio. Colonos rusos en Baja California, 1906-1958

Contenido

1. Orígenes del molokanismo
2. Del Transcáucaso a América
3. La diáspora como tradición en la memoria histórica molokana

1. Orígenes del molokanismo

Los molokanes son una secta religiosa surgida durante la segunda mitad del siglo XVII dentro del contexto cismático que afectó a la Iglesia Ortodoxa con motivo de una serie de reformas litúrgicas adoptadas por esta institución. La consecuencia más significativa de este cisma fue la formación en las áreas rurales de Rusia Central de un movimiento sectario religioso que se dividió en dos tendencias principales: por un lado los Cristianos Espirituales; por otro, los *Khristovoveries*.¹ Junto a los dukobores,² los molokanes constituyeron una de las dos ramas principales en que se fragmentaron los Cristianos Espirituales.

Un alto porcentaje de los adherentes a estas sectas estaba conformado por familias campesinas que buscaban aislarse socialmente del resto del mundo con el propósito de instaurar el “reino de Dios en la tierra”.³ En términos sociológicos podemos tipificar dicha actitud como utópica⁴, toda vez que se proponen una meta que trascienda un presente⁵ asociado con un orden social hostil para el desarrollo ideal al que aspira el grupo.

En lo teológico, los diversos grupos religiosos emanados del movimiento sectario propugnaban por un desapego a los bienes materiales más allá de los necesarios para sobrevivir, no rendían culto a imágenes religiosas, rechazaban la figura sacerdotal y la existencia de jerarquías eclesiásticas formalizadas, brindaban un lugar preponderante a la

¹ Véase A. I. [Aleksandr Il'ich] Klibanov, *History of religious sectarianism in Russia (1860s-1917)*, Ethel y Stephen Dunn (trad. y ed.), Oxford, Pergamon Press, 1982. [Primera edición en Rusia en 1965].

² Hago una traducción libre de la palabra en inglés *Dukhobors* derivada del ruso *Dukhovny* que significa espiritual. Véase Stephen Scott, “The Pilgrims of Russian-town Seventy Years Later” en *Old Order Notes*, otoño-invierno 2002, núm. 26, pp. 7-34. En http://www.molokane.org/Old_Order_Notes/Scott.html [consulta 22 de octubre de 2004].

³ Klibanov, *op. cit.*, p. XII de la introducción y p. 13.

⁴ Respecto a la persecución de un ideal dentro de una comunidad Virginia Trevignani Gagnetten ha señalado que: “La utopía enuncia como posible aquello que no es comparable,” esto es que no tiene comparación con algo existente en el presente. En *La construcción de comunidad como utopía y distopía*, México, FLACSO/Plaza y Valdés, 2004, p. 25.

⁵ Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, (2ª ed.), Salvador Echavarría (trad.), México, FCE, 1987, p. 85.

figura del Espíritu Santo y consideraban que Cristo vivía en cada miembro del grupo. Los molokanes consideraban que no requerían de leyes dictadas por los hombres ya que esto contrariaba las enseñanzas divinas. Les resultaba opuesto a las escrituras el hecho de permanecer esclavos de los terratenientes, participar en guerras, prestar servicio militar y guardar cualquier tipo de juramento a institución o señor alguno. Tales planteamientos existenciales les acarrearón persecuciones en distintos momentos por parte de los gobiernos zaristas y de la Iglesia Ortodoxa afín al régimen.

En lo social, tendían a congregarse en pequeñas aldeas conformadas por familias extensas que obedecían a un orden patrilocal,⁶ regidas consensualmente por la autoridad de los hombres mayores a través de una serie de prescripciones fundamentadas en lo religioso, que indicaban las tareas y conductas propias de cada miembro del grupo acorde a su estatus generacional, género y situación nupcial. Los deberes y conductas propios de cada miembro del grupo estaban bien delimitados tanto en lo público como privado. Dentro de lo económico, tendían a ser autosuficientes en la mayor parte de los bienes de consumo. Sin embargo, acudían al exterior para adquirir aquellos artículos que no alcanzaban a satisfacer por sí mismos, así como para colocar sus productos agropecuarios.

Más allá del campo económico, su relación con el exterior se daba por medio de representantes ungidos como tales para defender los derechos colectivos ante autoridades y otros actores sociales, o bien, para cubrir el pago de impuestos o atender disputas agrarias. Además de los representantes seculares contaban con autoridades cuya legitimidad provenía del orden espiritual. Tal era el caso de los encargados de dirigir el ritual religioso o de los profetas (este último rol no se limitaba a los hombres mayores sino que en ciertas ocasiones llegaron a desempeñarlo mujeres y jóvenes).

⁶ Retomo aquí la propuesta de Florencia Mallon, quien con este término designa a un mecanismo de control social ejercido dentro de la familia extendida sobre los matrimonios jóvenes, los cuales al contraer nupcias son incorporados como pareja a la unidad doméstica encabezada por el padre del varón. Mientras el padre dirige y se beneficia del trabajo del hijo, la mujer es supervisada por la suegra en las actividades asignadas a su rol de género. Sólo al cabo de procrear varios hijos, y lograda cierta capacidad económica por parte del varón, la pareja obtiene el derecho a establecer su propia casa y sus medios de trabajo. Llegado el momento, la pareja ejercerá el mismo control sobre la siguiente generación descendiente de los varones de la familia. Mallon considera que este mecanismo refuerza el control patriarcal de los ancianos sobre el trabajo de los hijos. *Vid. Campesino y Nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, Lilyan de la Vega (traducción), México, Colmich/Ciesas/El Colegio de San Luis, 2003, p. 191.

2. *Del Transcáucaso a América*

Dado que desde fines del siglo XVIII, la Rusia zarista se encontraba en plena fase de expansión territorial, los diversos grupos sectarios religiosos lograron establecer acuerdos periódicos con los gobernantes para que se respetaran sus preferencias religiosas a cambio de fungir como colonizadores en las zonas recién adquiridas. De este modo, a lo largo del siglo XIX, gradualmente la mayor parte de las familias sectarias emigraron al sur del Cáucaso (designado también como Transcáucaso) en calidad de colonizadores, esto es, actuaron como elementos rusificadores en un entorno ajeno a la cultura eslava campesina de la que eran portadores. Hay quien considera que no siempre la emigración al Transcáucaso fue voluntaria pues en el periodo comprendido entre 1830 y 1880 tuvo más visos de que se trató de una deportación masiva de miles de adherentes a los grupos sectarios.⁷

Para la mayor parte de los grupos sectarios la emigración fue un medio para mantenerse unidos, pero también las emigraciones erosionaron, fragmentaron y compactaron cada vez más a estos grupos ya que en cada etapa se desprendieron miembros que optaron por adaptarse a las circunstancias que los motivaron a cambiar de residencia, o bien, tendieron a aislarse más aún respecto a los grupos principales de sus correligionarios. Entre más se prolongaba el trayecto que los llevaría a erigir el “reino de Dios en la tierra” más distante parecía quedar la línea donde este umbral se ubicaba.

En principio las emigraciones fueron dentro de los confines del Imperio ruso pero en el albor del siglo XX las comunidades de molokanes, dukobores y menonitas, entre otras denominaciones religiosas y étnicas, experimentaron desplazamientos colectivos trasatlánticos. Lo anterior se inscribió dentro de las corrientes migratorias de grandes proporciones que por motivaciones económicas, políticas y sociales condujeron a millones de europeos y miles de asiáticos a tierras americanas.

La tradición migratoria ha sido incorporadas a la memoria histórica bajo la figura del *pakhod*, término alusivo a la necesidad de que toda generación en algún momento de su vida encarará la “huida hacia una lejana y distante tierra de refugio” para poder conservar su

⁷ Véase D. I. Ismail-Zade, “Russian Settlements in the Transcaucasus from the 1830s to the 1880s”, *The Molokan Heritage Collection*, v. 1: Reprints of Articles and Translations, Ethel Dunn (comp., introd., y traduc.), sección 3. [El volumen no tiene un paginado continuo ya que se trata de reproducciones de artículos publicados en otras fuentes, por lo general en ruso, que han sido traducidas al inglés].

religión y formas de vida.⁸ Sólo así podrán acceder a su viejo anhelo de edificar el reino de Dios en la tierra. La evocación de las migraciones se levanta como una estructura que enuncia el destino fatídico que deberán cumplir todos los miembros del grupo como prueba de fe. La evocación de las migraciones se levanta como una estructura que enuncia el destino fatídico que deberán cumplir todos los miembros del grupo como prueba de fe. Aunque hay que precisar, la tradición migratoria también ha sido propiciada por las tensiones que en determinados momentos surgieron al interior de las comunidades molokanas por disensos religiosos y las maneras de organizarse socialmente.

A partir de los diversos registros levantados por estudiosos de las comunidades molokanas en el sur de California y Oregon a lo largo del siglo XX,⁹ que han tenido como informantes a los custodios de la tradición oral,¹⁰ se aprecia la circulación de relatos alusivos a profecías que buscan responder al porqué de la emigración masiva a América realizada a partir de 1904. Dentro de esta perspectiva la emigración masiva a América es concebida por los molokanes como el cumplimiento de un presagio que tenían que cumplir en defensa de su forma de vida y de la fe verdadera. Quizá esta emigración representa el acontecimiento más relevante en su existencia como grupo etnorreligioso toda vez que afectó la totalidad de su vida social y cultural.

El inicio del nuevo siglo coincidió con el agravamiento de tensiones internas en ciertas aldeas molokanas por cuestiones religiosas y la intensificación de las presiones del régimen zarista para que los varones prestaran el servicio militar, al encontrarse dicho gobierno enfrascado en constantes guerras con sus vecinos, derivado del proceso de expansión territorial hacia oriente. Además, estaba el referente de la inmigración de aproximadamente 7 500 dukobores a Canadá entre 1898 y 1899.¹¹

⁸ Stephen Scott, "The Pilgrims of Russian-town Seventy Years Later" en *Old Order Notes*, otoño-invierno 2002, núm. 26, pp. 7-34. En http://www.molokane.org/Old_Order_Notes/Scott.html [consulta 22 de octubre de 2004].

⁹ Véase Willard Burgess Moore, *Molokan oral tradition: legends and memorates of an ethnic sect*, Berkeley, Calif., University of California Press, Folklore Studies: 28, 1973; Therese Adams Muranaka, *The Russian Molokan colony at Guadalupe, Baja California: continuity and change in a sectarian community*, tesis doctoral, University of Arizona, 1992; Pauline Vislick Young, *The Pilgrims of Russian Town*, Chicago, The University of Chicago Press, 1932.

¹⁰ Existen además varias ediciones de autores molokanes que llevaron a la imprenta su tradición oral al recoger la visión emic de su memoria histórica. Algunos de ellos son John Berokoff, *Molokans in America*, Whittier, Calif., Stockton Doty Trade Press Inc., 1969.; y George Mohoff, *The Russian colony of Guadalupe Molokans in Mexico*, sin lugar de edición, Atlantic Box Co., c. 1994. También véase Scott, *op. cit.*, quien proporciona una completa bibliografía de autores molokanes.

¹¹ Klibanov, *op. cit.*, p. 139.

La diáspora molokana se calcula entre 3 500 personas y 5 000 personas.¹² La mayor parte viajó de Transcaucasia a América entre 1904 y 1907, aunque hasta 1913 continuaron llegando contingentes de menor número como sucedió con algunos molokanes afincados en el valle de Guadalupe o en localidades cercanas a este punto.¹³ Según Berokoff (autor molokano), después de esa fecha el arribo de más adeptos se vio frenado a causa de las restricciones migratorias impuestas por Estados Unidos tras el comienzo de la Primera Guerra Mundial,¹⁴ aún cuando llegaron a cuentagotas más grupos familiares.

En un inicio los molokanes se establecieron en el sur de California, en particular en el área urbana de Los Ángeles. Al poco tiempo, varios contingentes de familias partieron a otras entidades de Estados Unidos como Oregon y Arizona y; también cruzaron la frontera para asentarse en Baja California. El primer desmembramiento del entorno angelino se dio en 1906, con las familias que se trasladaron al valle de Guadalupe. En general, éstas constituían un núcleo más conservador que los que decidieron radicarse en las inmediaciones de la ciudad de Los Ángeles. Young planteó que la formación de la colonia Guadalupe obedeció a que la gente mayor deseaba preservar la independencia de la economía doméstica que tenían las antiguas familias patriarcales y atraer a todos sus miembros dentro de una serie de relaciones cercanas e íntimas, algo que según la autora no consideraron viable en Los Ángeles debido a la dinámica urbana.¹⁵

¹² Klibanov, *op. cit.*, p. 180. Este autor basa dicha cifra en Iván G. Samarin, *Duk i zhizn [The spirit and the Life]*, (2ª ed.), Los Ángeles, 1928, p. 753, que es una edición de pasajes religiosos y relatos obtenidos de la memoria histórica guardada por los molokanes en California. El responsable de la edición fue uno de los líderes que condujeron la diáspora molokana a América.

¹³ En particular aludimos a los casos de Alex Dolmatov Slevkoff mejor conocido como Alex P. Dolmatov, Tatiana Treguboff Nijarocheff quienes en 1933 al registrarse como extranjeros ante la Secretaría de Relaciones Exteriores de México indicaron haber ingresado al país por el puerto de Veracruz en septiembre de 1911. Un tercer caso es el de Fred Bukn Karnaujoff [el segundo apellido aparece por lo común escrito como Karnaujoff] que declaró haber ingresado a México por el puerto de Veracruz en marzo de 1908, se trata de alguien de origen molokano según se induce por su lugar de nacimiento en el distrito de Kars y el segundo apellido característico de algunos molokanes en el área de Ensenada aunque al parecer no era practicante si estaba ligado a la colonia rusa como declaró uno de sus testigos en ocasión de las diligencias judiciales que tramitó en 1933 ante las autoridades mexicanas para acreditar su residencia en el país. En ese mismo documento el aludido expresó que el segundo apellido se lo debía a su padrastro Pedro Karnaujoff. Véase Diligencias de jurisdicción voluntaria promovidas por Fred Bukn a fin de justificar algunos hechos relacionados con su persona, Ensenada, 1933, en AJE-IIIH UABC. Por último, está el caso de Anastasia Yegoroff de Klistoff, llamada también Anastasia de Klistoff, quien señaló como lugar y fecha de ingreso el puerto de Veracruz en julio de 1925, que como se verá es una fecha muy tardía con relación a las anteriores. Véase documentación ya citada del Registro de Extranjeros en el AGN.

¹⁴ Berokoff, *op. cit.*, p. 30.

¹⁵ Young, *op. cit.*, p. 253.

El grupo de molokanes que llegó Guadalupe eran alrededor de cincuenta familias. Entraron al país en calidad de colonos aprovechando las facilidades legales otorgadas por el gobierno porfirista a los extranjeros dispuestos a fungir como colonizadores en ciertos territorios como Baja California que contaban con baja densidad demográfica. Desde su propia perspectiva, la colonia Guadalupe fue concebida como un refugio contra el mundo exterior a modo de respuesta a la coyuntura enfrentada por los molokanes en el área urbana de Los Ángeles, California, que les acarreó disyuntivas sociales y culturales situadas entre los ámbitos de la tradición que buscaban continuar y la modernidad intentaba evitar.¹⁶

3. La diáspora como tradición en la memoria histórica molokana

A partir de las memorias transmitidas de generación en generación, lo mismo de forma oral que escrita, las comunidades molokanas de Norteamérica articularon relatos con apenas ligeras variantes entre cada familia y *sobranie*,¹⁷ en torno al proceso de emigración trasatlántica en el que participaron. En la narración generada por este proceso se distinguen algunas etapas: la lucha por salir de los dominios rusos, el periplo a América, la búsqueda de un nuevo refugio y las vicisitudes surgidas de la adaptación a un nuevo ambiente. Se trata de la versión *emic* de este proceso, toda vez que ha sido elaborada, recreada y divulgada por y bajo la perspectiva de los molokanes basados en las memorias de quienes lo vivieron y que ha sido continuada de forma oral y escrita por sus descendientes. Ciertos guardianes de esta tradición oral y escrita destacan por la influencia que han tenido no sólo entre sus correligionarios sino también al servir como fuente de consulta para autores externos provenientes del medio académico y periodístico.

Desde una amplia perspectiva, la colonia Guadalupe se visualiza como una estación más del *pakhod*, figura que internamente simbolizaba y dotaba de sentido a las constantes migraciones protagonizadas por los molokanes desde que existían como grupo religioso, factor que interpretaban como algo necesario para defender y refrendar su fe. Para Young el *pakhod*

¹⁶ A partir de sus observaciones a fines de la década de 1920, Young señaló que los molokanes de Los Ángeles libraban una lucha por mantener su existencia como una entidad moral y social en un ambiente que les era completamente extraño y ajeno por tres factores: uno, que eran rusos; dos, por ser de extracción rural; y tres, porque eran una secta, un grupo religioso primitivo que buscaba encontrar un lugar en los límites de un mundo cada día más pequeño para refugiarse y escapar. Véase Young, *op. cit.*, pp. 2-3.

¹⁷ Templo donde realizan sus ceremonias religiosas un grupo de familias molokanas que sirve además como punto de reunión social de una congregación. Véase Berokoff, *op. cit.*; Mohoff, *op. cit.*; y Moore, *op. cit.* En español suelen referirse a este sitio como *sabraña* o *sobraña*.

significaba el deseo de “volver a la tierra”,¹⁸ talante que consideró parte constitutiva de la estructura social de los molokanes en tanto representaba la posibilidad de construir el paraíso en este mundo. No obstante, la autora advirtió que la práctica del *pakhod* trajo experiencias no muy gratas en América que generaron fenómenos inversos al de la emigración de la ciudad al campo.¹⁹ Como consecuencia de un desencuentro con la tierra, los miembros de nuevas generaciones dejaron la comunidad agrícola para distanciarse del control patriarcal y el bucólico estilo de vida campirano para proveerse otros medios de subsistencia en las ciudades.

Los dilemas planteados entre la tradición y la modernidad no sólo se libraron entre jóvenes y viejos o entre los que regresaron a la comunidad con una experiencia urbana y los que permanecieron en ella fieles a las costumbres y comportamientos inveterados. Para el caso de la colonia Guadalupe, los ofrecimientos de la modernidad se presentaron bajo distintas formas y circunstancias. El asumir nuevos preceptos no implicó abandonar los viejos modelos sino que condujo a realizar ciertos ajustes que en ocasiones contribuyeron a reforzar sus posicionamientos étnicos y religiosos. Qué decir de los diferendos generados al interior de la comunidad que por comodidad académica han sido vistos como una entidad homogénea y monolítica pero que cuando nos aproximamos a examinar el tejido social que la compone, se evidencian sus propias alteridades.

Varios de los fenómenos y procesos sociales por los que atravesaron los colonos molokanes se relacionan con el acervo mítico-histórico de los molokanes floreciente a través de figuras como el *pakhod* o las profecías,²⁰ cuya presencia es constante en la memoria histórica y la tradición oral recreada por los descendientes de los colonos de Guadalupe. Esto se aprecia en testimonios como el siguiente, que si bien alude al establecimiento de la colonia Guadalupe, hilvana tal suceso con la posterior salida de miembros más jóvenes motivados por intereses distintos y hasta contrarios a los que llevaron a sus mayores a fundar la colonia. Esto deja entrever la conjugación de factores culturales tradicionales y modernos entre aquellos

¹⁸ Trabajos posteriores recogen esta imagen del *pakhod* como búsqueda de un refugio, véase por ejemplo, José Alfredo Gómez Estrada, “El último refugio. Establecimiento, desarrollo y declinación de la colonia molokana del valle de Guadalupe”, *Calafia*, Mexicali, UABC, v. II, núm. 4, noviembre de 1993, pp. 27-33.

¹⁹ La autora señaló que las numerosas y variadas experiencias de regreso a la tierra constituían un largo y triste capítulo en la historia de los molokanes en América pues en su mayoría habían fracasado debido a una serie de causas relacionadas con su carácter de inmigrantes que no contaron con la asesoría y guía de expertos en la materia ya que persistían en trabajar como lo habían hecho por generaciones en su país natal. Esto dio pie a la autora para reafirmar el carácter *primitivo* que adjudicó a los molokanes. Véase Young, *op. cit.*, pp. 252-253.

²⁰ Moore, *op. cit.*, p. 11, observó en las profecías, oraciones, canciones y cartas de sustrato religioso de los mololokanes, una forma de presentar las ideas de cómo debía regirse la vida del grupo.

jóvenes molokanes que realizaron un viaje en sentido inverso al de sus padres. Dejar la tierra para ir a la ciudad no implicó renunciar a los patrones endogámicos del grupo, aunque si fue una estrategia para zafarse del control patriarcal.

Aunque la memoria histórica de los molokanes tiende a resaltar la preponderancia del aspecto religioso entre las motivaciones del *pakhod*, en las remembranzas de estas experiencias migratorias se entreve también el influjo de factores de índole económica, social y política. La defensa de lo tradicional y la adscripción a lo moderno a menudo tienen un uso político que trasluce cierta disposición a la adaptación a nuevos parámetros sociales en aras de preservar lo que culturalmente es concebido como un distintivo particular. La pretensión de que el aspecto religioso imperara sobre los otros órdenes de la vida social y ayudara a sortear la mayoría de las innovaciones, crisis y apuros por los que atravesaron los molokanes en el nuevo mundo, derivó en una serie de tensiones entre las normas y las acciones que hicieron necesario implementar otros recursos simbólicos que revaloraran los sedimentos de su adscripción etnorreligiosa.

Encontramos así que algunos de los acontecimientos significativos a lo largo de la existencia de la colonia Guadalupe que marcarían su ciclo de origen y final, comprendidos entre el momento de su fundación y la toma de tierras en el valle de Guadalupe en 1958 a manos de agraristas que propició la emigración al sur de California de la mayor parte de los colonos que aún quedaban en la localidad, han sido explicados de manera paralela, tanto bajo una mirada profética como en un plano racional.

En los momentos iniciales de la colonia Guadalupe estaban latentes en la memoria de sus habitantes las profecías y augurios que presagiaron la emigración trasatlántica de miles de molokanes a América, así como del desprendimiento del núcleo principal en Los Ángeles del grupo que se asentó en el valle de Guadalupe.²¹ En un sentido teleológico, algunas profecías y signos de origen sobrenatural fueron situados en el arranque de la colonia para enunciar que desde un primer momento el Espíritu Santo alertó sobre su posterior declive y el eventual retorno de los colonos a Los Ángeles para reunirse con la mayoría de sus hermanos.

Estas predicciones permitieron cerrar el ciclo del *pakhod* que condujo a un pequeño grupo de molokanes a dejar la urbe angelina en pos de la tierra al sur de la frontera. Del mismo modo, se arrojó una explicación coherente con la visión molokana del mundo acerca del

²¹ Véase Mohoff, *op.cit.*, p. 2.

desmembramiento de la colonia rusa. Esto resultaba fundamental para fortalecer la percepción religiosa impuesta sobre los distintos órdenes de la vida molokana debido a que si la emigración de los molokanes al valle de Guadalupe se dio como respuesta a los designios divinos cómo explicar que transcurridas apenas cinco décadas, tal proyecto hubiera fracasado. La solución a este dilema tenía que provenir también del lado religioso en voz de una profecía. El declive de la colonia sería algo que ya estaba prescrito por el Espíritu Santo. Así, con el eventual regreso de los colonos de Guadalupe a Los Ángeles, lugar de donde salieron para ir a Guadalupe, se estaría ratificando la voluntad divina puesto que a la ciudad californiana habían llegado desde Rusia conducidos por la voluntad divina. Este tipo de soluciones contribuyeron a ajustar al imaginario molokano una serie de fenómenos de índole económico, político y social que necesitaban ser ubicados en la perspectiva religiosa para otorgar continuidad y coherencia a sus postulados existenciales.

Las profecías sobre el destino de la colonia, contadas a partir de los testimonios de ancianos que aducían haber presenciado los hechos narrados siendo aún niños o jóvenes, se ajustaban a los fenómenos coyunturales de distinta índole que daban cuenta de procesos, que a corto o mediano plazo, generaron cambios en la forma de vida al interior de la colonia y en sus maneras para relacionarse con el exterior. Por ejemplo, en la década de 1920, los colonos sustituyeron el trigo por la vid como principal producto agrícola comercial lo cual supuso la adopción de nuevos métodos y técnicas de cultivo como la irrigación, la adquisición de maquinaria y la contratación de más peones para las temporadas de cosecha, además de la acentuación de las diferencias en cuanto a capacidad económica entre los colonos.

El imaginario de los descendientes de antiguos colonos de Guadalupe y sus descendientes recreó imágenes proféticas que se remontan a las diversas etapas de vida de la colonia y sirven de soporte a las profecías fechadas en etapas posteriores. La memoria histórica molokana y su tradición oral vinculan lo mítico y lo histórico para dar continuidad y rango de autoridad a la profecía en tanto campo de comprobación del influjo de la voluntad divina en el devenir de su pueblo a la vez que da testimonio de su poderío y halo protector. Por otro lado, se plantea una concepción histórica cíclica,²² cuya inauguración o final son consecuencia de diversas coyunturas experimentadas en el transcurso de su existencia como

²² Inscrita a su vez en un esquema lineal que tiende un proceso del origen bíblico hasta el fin de los tiempos en que tendrá lugar el juicio final y los molokanes serán elegidos para salvarse.

grupo religioso, y que casi siempre llevaban implícito el riesgo de una pérdida gradual de los valores morales del molokanismo que eventualmente podrían conducir al abandono de la fe. De manera invariable, hallamos que ante estos riesgos cada generación había tomado al menos una vez en su vida la decisión de emigrar.

Valdría la pena también detenerse a considerar ciertas presunciones de corte estructuralista acerca de que, bajo distintos periodos, rutas y contextos políticos, la acción de emigrar entre los molokanes pareciera ser la reproducción sistemática de un ritual designado *pakhod*. Se trata acaso de una respuesta simbólica que apela a una imagen familiar que permite sortear las dificultades políticas, económicas, sociales y culturales que en algún momento han resquebrajado los vértices en los que se sostiene su consenso comunitario. Si así sucediese, el *pakhod* sería un espacio común en el que se reforzaría el dominio del orden religioso sobre otros aspectos de la vida social, y permitiría que los molokanes de las nuevas generaciones tuvieran experiencias similares con sus ancestros, que la sensación de compartir un mismo destino fuera inmanente.

Frente a este panorama adquiere relevancia retomar algunas preguntas formuladas por Dunn en su introducción al estudio de Klibanov, acerca de las problemáticas experimentadas por los molokanes en el continente americano: ¿cómo es el cambio cultural y, cómo es preservada la etnicidad?²³ De manera un tanto similar, desde el campo de la “etnoarqueología”, Muranaka revisó algunas propuestas teóricas que proponen un nexo entre la migración y la creación de una etnicidad,²⁴ concepción a la que se adscribe para explicar los procesos desarrollados por los molokanes durante su estadía en Guadalupe. Estas interrogantes pueden orientarnos en el propósito de conocer qué formas adquirieron los ideales molokanes en la colonia Guadalupe; qué dimensiones de la vida social consiguieron mantener a resguardo según su proyecto inicial, y cuáles no; qué circunstancias trastocaron esas metas.

²³ Véase Ethel Dunn en introducción a Klibanov, *op. cit.*, p. 12.

²⁴ Muranaka, *op. cit.*, pp. 25-31.